

encuentro o enfrentamiento con tendencias inéditas en la época de Hegel lo llevará por caminos polémicos que éste no logró siquiera sospechar. Tal vez sea aquí donde Rivano se siente más a sus anchas. Los lógicos modernos lo sacan evidentemente de quicio. Como buen hegeliano, y bradleyano por añadidura, se rebela vigorosamente contra la actitud antimetafísica de los positivistas y empiristas lógicos. Russell, Carnap, Reichenbach, Ayer, serán el blanco de sus ataques. El tono polémico que, por lo demás se mantiene a lo largo de toda la obra, alcanza en este punto su más alta tensión.

El aporte de Rivano al esclarecimiento de determinados problemas metafísicos no se puede desdeñar. Hay que advertir que las cuestiones de que se ocupa son de peraltado relieve y han merecido la atención de las primeras cabezas filosóficas de nuestra época: Bergson, Scheler, Hartmann, Jaspers, Marcel, Sartre, etc. Constituye ya un acto de singular valentía alternar con tan ilustres competidores. Latinoamérica también tiene derecho a dejar oír su voz "ante los nuevos horizontes del humanismo", como subtitula Rivano su obra. Sobre todo, cuando se responde con absoluta autenticidad a una exigencia interna del filósofo.

"REGIONES GEOGRAFICAS DE CHILE", DE SERGIO SEPULVEDA

por el prof. LUIS CARREÑO

Apartado de la Geografía Económica de Chile, Vol. IV, publicado por la Corporación de Fomento de la Producción, Santiago, 1963, 252 pp., con abundantes mapas y gráficos.

Las condiciones creadas en la Universidad durante el último decenio favorecedoras del trabajo científico, han dado ya numerosos frutos, al permitir a los investigadores dedicar horas al trabajo inquisitivo, libres en buena medida de los apremios cotidianos.

Uno de los testimonios relevantes de esta situación es la obra del profesor Sepúlveda, madura aprehensión del saber reflejada también en la facilidad y belleza expositiva.

La obra es parte de la Geografía Económica de Chile que publica la Corporación de Fomento, que ha significado un análisis acabado de la realidad geográfica nacional, a cargo de especialistas, y que ha logrado desterrar numerosas generalizaciones sin fundamento que proliferaban en el campo anchuroso de la mitología criolla.

Muchos son los aspectos que podrían señalarse como seguros índices de la calidad del libro que comentamos y que no vacilamos en calificar como uno de los aportes más logrados a la ciencia geográfica nacional. Desde las primeras páginas aparecen los testimonios del más estricto rigor científico; las notas y las referencias bibliográficas permiten al lector la comprobación y ampliación de los temas tratados; y las notaciones revelan la atenta búsqueda de nuevos derroteros informativos, todo ello sin interrumpir la diaphanidad de la exposición. Los fenómenos geográficos están oportunamente sintetizados en representaciones gráficas originales, de fácil comprensión y de gran utilidad didáctica.

Se trata de una visión científica y completa de las regiones geográficas: el Norte Grande, Norte Chile, Chile Central, Concepción y la Frontera (región que el autor trata unitariamente sólo por mantener la división regional aceptada en la Geografía de la zona pero que, a su juicio, son dos "realidades geográficas muy diferentes"), la Región de los Lagos y la de los Canales, aparecen sometidas al esquema analítico de las características geográficas, la presencia del hombre y las condiciones de la actividad económica. En cada caso el autor va señalando las interrelaciones vitales del paisaje geográfico, surgiendo el dinamismo hombre-naturaleza que llena de sugerencias un relato que suele ser frío recuento de nomenclaturas morfológicas, características climáticas y cifras estadísticas. Es, pues, la acción transformadora del hombre sobre el paisaje lo que da unidad esencial a la diversidad geográfica del país: gracias a ella, dice el autor, "la abigarrada y desconcertante geografía nuestra deja de ser loca y no es más ni extravagante, ni estrafalaria o por lo menos no lo es tanto". Después de la visión generalizada (profundamente enraizada todavía en los textos escolares) de una supuesta igualdad de rasgos geográficos del país, seguida como en justificada reacción por la tendencia a subrayar las diferencias del paisaje y a crear minifundios descriptivos, viene el profesor Sepúlveda con la síntesis justa y equilibrada.

Sin embargo, la unidad dada por la obra dinámica del hombre, también está cimentada en el pasado: aparece constantemente la alusión iluminadora a la obra secular de los hombres del desierto, de la campaña, del bosque o del ámbito marítimo. Queda perfilada la obra progresiva del pasado, que muchas veces tal vez convendría resucitar como vigorosos intentos de civilizar la geografía. Con todo, el hecho geográfico actual modelado por el hombre de antaño no es siempre óptimo; ni esa acción fue ejemplar. Al profesor Sepúlveda no le interesa dibujar una epopeya; no tre-

pidá ante el tema escabroso: véase, por vía de ejemplo, lo que nos dice acerca de la constitución de la propiedad en la Frontera.

Sólo la formación del historiador —vocación muy acusada en Sergio Sepúlveda: recuérdese sus aportes a la geografía histórica— y sus estudios especializados de

Geografía Humana, podían capacitarle para esta tarea, airosamente lograda. El ejercicio de la cátedra de Geografía de Chile en el Instituto Pedagógico y su actividad como investigador del Instituto de Geografía, han sido los pilares en que ha afirmado esta imagen real de Chile.

DEFENSA DEL LIBRO COMO OBJETO DE ARTE Y COMO VALOR DURADERO

por ROBERTO VILLENA

Jefe de Encuadernación de la Biblioteca Central de la U. de Ch.

Al disfrutar de la lectura de un libro, o cuando tratamos de acrecentar nuestros conocimientos culturales o profesionales, consultando un diccionario o un texto de estudio, o cuando nos remontamos para escudriñar las entrañas de la historia, no podemos imaginarnos la odisea que ha experimentado ese libro para mantenerse vivo y entregarnos el placer espiritual que proporciona su lectura, sea la sabiduría o el optimismo que él encierre, sean los deseos de justicia y de amor a la humanidad que nos comunica.

Después del invento de Gutenberg, el libro demostró ser no solamente un poderoso órgano difusor de cultura, sino un instrumento para conquistar la libertad y una vida más plena.

Así se ensanchó el mundo con nuevos descubrimientos; se conocieron otras razas; otras religiones vinieron a estimular las inquietudes espirituales de los hombres. La biología, el derecho, la medicina, se transformaron. Cayó por tierra el absolutismo monárquico y se impuso la soberanía de los derechos humanos.

No obstante, es penoso contemplar el estado en que se encuentran los libros en muchas bibliotecas y centros de estudio.

Como los organismos animales o vegetales, los libros padecen de muchas enfermedades, ocasionadas por gérmenes, circunstancias ambientales, instalaciones inadecuadas, etc. Especialmente, en nuestros países iberoamericanos, la economía oficial nunca dispone de recursos necesarios para construir o instalar locales apropiados que protejan y mantengan estos acervos bibliográficos y la fuente de cultura que representan los libros y documentos.

Los árabes llegan con un extraordinario bagaje cultural a la España del siglo VIII, trayendo ideas nuevas, artes decorativas y suntuarias; además, literatura, astronomía, medicina, botánica, jurisprudencia, historia y geografía, y todo ello se traduce en fundación de escuelas y bibliotecas.

Conociendo el gran valor que el libro representa, necesitamos protegerlo en particular, y a las bibliotecas en su conjunto, de la destrucción que le ocasionan diferentes factores y prolongarles la vida, como parte de nuestra propia vida.

Encuadernar un libro es hacerlo más resistente, más manuable y bello. Los pliegos bien cosidos impiden su desintegración, las pastas lo preservan del deterioro por el uso y la decoración que se hace en sus tapas o en sus cantos lo pueden elevar a la categoría de objeto de arte.

El libro bellamente encuadernado llega al refinamiento final de un proceso, en el que han intervenido varias voluntades y talentos.

Cuando este proceso ha logrado un desarrollo feliz, el libro alcanza un valor permanente y pasa a integrar el acervo de objetos valiosos que el hombre crea con su inteligencia y con sus manos. Para ello, el encuadernador debe estar dotado de conocimientos culturales y artísticos y de una habilidad que le permita realizar su labor con arte y buen gusto.

La consideración y estima de un libro encuadernado como pieza bella u objeto de arte, no siempre fue tomada en cuenta por bibliotecarios y coleccionistas; ha sido más bien una afición seguida por los bibliófilos de todos los tiempos.

Son éstos los que han apreciado el valor ornamental y artístico de las cubiertas de los libros, además de su particular contenido.

La encuadernación es un oficio y un arte. El oficio en sí ya no tiene nada que aprender de su primer impulso de la Edad Media.

El arte ha evolucionado, siguiendo la ley común. Un arte que no cambia se agota. Quien se imita, se limita. El arte, cualquiera que sea su objetivo, debe seguir el ritmo de la vida que se transforma, que cambia. La encuadernación, como arte, no ha escapado a esta ley. El arte de la encuadernación, estructuralmente, nació